

Meditación sobre la expresión simbólica de las Hermanas de la Misericordia

La historia de las Hermanas de la Misericordia es una historia de radiantes símbolos públicos: personas vivas, objetos, acontecimientos y acciones que, por su carácter simbólico y su presencia, proclaman la perdurable y misericordiosa misericordia de Dios. Algunos de estos símbolos han permanecido constantes en su vitalidad durante 170 años; otros han evolucionado hacia nuevas formas simbólicas; otros han sido recuperados recientemente del pasado; y otros esperan evolución o recuperación. Algunos son oralmente mudos, pero tienen voz. Todos tienen el potencial agraciado de dar expresión pública a los misterios centrales de Dios y, en ese contexto, a la realidad pretendida de nuestras vidas como Hermanas de la Misericordia. Nuestro propio nombre —«de la Misericordia»— es un símbolo de ello.

Una expresión figurada de la promesa de Dios

Como instituto religioso, nuestro propósito eclesial anunciado es ser la poesía y la profecía de los misterios de Dios: ser una metáfora sostenida del Evangelio, un símil perdurable del reino de Dios, un símbolo perdurable del amor y la misericordia sin límites de Dios. Nuestro propósito comunitario es, pues, ser una expresión pública y figurada de la promesa de Dios de consolar y confortar a nuestros hermanos y hermanas de este mundo.

Quizá sea una medida de nuestra reciente pobreza colectiva de simbolización imaginativa que, cuando nosotras y nuestros colegas en la Iglesia reflexionamos sobre los símbolos de la vida religiosa, pensemos primero, y quizá sólo, en los hábitos religiosos que la mayoría de nosotras ya no llevamos. Durante más de un siglo, nuestros hábitos religiosos de la Misericordia hablaron elocuentemente a algunas personas, y en algunos lugares puede que sigan hablando elocuentemente. Pero el vestido negro, la cofia y el velo de antaño no eran ni siquiera entonces la única ni la más resonante de nuestras expresiones simbólicas en la esfera pública. Nuestros hábitos tenían, es cierto, la preciosa cualidad de la visibilidad pública, pero por sí mismos no eran en el pasado, y no pueden serlo ahora, una expresión simbólica completa o una declaración inequívoca de las realidades de la presencia de Dios o de los significados más profundos de nuestras vidas como Hermanas de la Misericordia. Pero, ¿qué símbolos han sustituido o sustituirán a nuestros hábitos religiosos?

La tarea que tenemos ante nosotras ahora, en vísperas de los próximos 170 años de nuestra

vida corporativa, es la renovación de la creación de símbolos y el ofrecimiento de símbolos. Nuestra tarea actual es descubrir, recuperar, hacer, rehacer, crear y luego pronunciar de manera audible, visible y tangible los símbolos recién radiantes de las realidades inaudibles, invisibles e intangibles de nuestro propósito y significado como Hermanas de la Misericordia, ya sea que estos símbolos frescos y vitales resulten ser «viejos» o «nuevos», y ya sean símbolos lingüísticos (como «de la Misericordia» en nuestro nombre) o símbolos no lingüísticos (como el carácter y la ubicación de los lugares donde vivimos).

Los verdaderos símbolos cristianos son encarnaciones coherentes, expresivas y sensiblemente vívidas de los significados de Dios en este mundo: son sacramentales iluminadores de los actos y compromisos de gracia de Dios. Jesús de Nazaret fue en su vida terrenal, muerte y resurrección, y es ahora como el Cristo, el símbolo absoluto de Dios, el único símbolo completamente rendido de la redención incondicional y misericordiosa de Dios de toda la creación. Pero estamos llamadas a seguir a Jesús en esa misión simbolizadora, aunque sea fragmentaria y parcialmente, en total dependencia de los suspiros y gemidos del Espíritu de Dios.¹

Las expresiones simbólicas de Catalina McAuley y nuestras Madres de la Misericordia

No es una tarea nueva para nosotras. Desde el principio, Catalina McAuley y las primeras Hermanas de la Misericordia fueron ellas mismas expresiones simbólicas de Dios, y crearon expresiones simbólicas de la presencia misericordiosa de Dios entre el pueblo de Dios. El resplandor de la vida misma de Catalina en su propio tiempo, así como el vívido recuerdo de su vida que aún irradia entre nosotras, constituye uno de los símbolos más llenos de sentido y perdurables de la vida y misión de las Hermanas de la Misericordia. La historia tantas veces contada de Catalina McAuley sigue hablando en nuestro mundo, sigue llamando, sigue invitando, sigue declarando proféticamente los deseos de Dios y la realidad pretendida por sus seguidores. Su vida pública fue un símbolo cristiano en la década de 1830, y el recuerdo de su vida sigue siendo un símbolo inagotable para quienes se encuentran con su historia y se conmueven por su luminosa generosidad. La propia historia de su vida se ha convertido en un sacramental, y su propio nombre simboliza ahora tanto la presencia misericordiosa de Dios en el mundo como las aspiraciones de sus discípulas/os.

La Casa de la Misericordia que Catalina construyó en la calle Baggot, su tumba en el Centro Internacional de la Misericordia, su anillo de plata, sus retratos y estatuas: todas estas realidades tangibles son una voz silenciosa, pero pública, para quienes las encuentran. Hablan de una vida humana entregada con valentía y alegría al misterioso llamado y promesa de Dios. Los relatos de su capa, su reclinatorio, sus zapatos gastados, la habitación

en la que murió, la vela que sostenía mientras yacía moribunda y la buena taza de té que ofreció para nuestra comodidad: todos estos objetos perceptibles se han convertido en símbolos de la presencia de Dios en su vida y en nuestra vida comunitaria como sus seguidoras/es.

Un símbolo vivo es algo que representa o sugiere otra cosa por razón de una relación o asociación íntima. Algunos símbolos, mejor llamados signos, son sólo accidentales o meramente convencionales, meras cifras superficiales ideadas para señalar alguna realidad, pero no para representarla de forma existencial. Los semáforos rojos, amarillos y verdes son señales de este tipo que hay que tomarse en serio, por supuesto, pero que no se experimentan como transmisoras del yo íntimo de quien las hace.

Los verdaderos símbolos son expresiones íntimas de la realidad interior del simbolizador y, por tanto, son inagotables: siempre hay algo más de lo que expresan. Y el «más» de los símbolos verdaderamente religiosos, por muy humanos y finitos que parezcan, son siempre los misterios ocultos de la voz y presencia de Dios en unión con la realidad humana del simbolizador. Tales símbolos hablan sin hablar y revelan lo que no se dice. En ello oímos lo que no se dice, tocamos lo intangible y vemos lo invisible. Los sacramentos cristianos son tales símbolos de la actividad redentora de Dios y de la esperanza inalterable que la actividad de Dios en la Cruz ha efectuado.

La simple presencia corporal de las Hermanas de la Misericordia en el hospital de la cólera de Galway en 1849, y en las camas de los soldados heridos en Turquía y la Península de Crimea durante la Guerra de Crimea; la mera presencia física de las Hermanas de la Misericordia en la puerta de la Escuela de las Américas, y en Honduras durante el huracán Mitch; la presencia perceptible de las Hermanas de la Misericordia en las Naciones Unidas, en los hospitales y en todo tipo de lugares donde sufren personas reales: ¿no son todas estas presencias corporales símbolos radiantes de realidades divinas más grandes, más allá de los escasos, pero simbólicamente luminosos hechos de su presencia?

Ya sea el anillo de plata que llevamos en el dedo, la Cruz de la Misericordia que portamos, los gestos de nuestros brazos y manos, los lugares que elegimos para caminar o estar de pie, las acciones que realizamos, las nuevas Laudes y Vísperas que rezamos, las comidas comunitarias que compartimos, los votos que documentamos en nuestras manos al morir: ¿no son todos estos símbolos silenciosos expresivos de nuestra confianza en la realidad del amor misericordioso de Dios por todas las personas y del reinado final de ese amor?

¿No son estos mismos edificios simbólicos de los misterios de Dios, sacramentales de la misericordia persistente de Dios y muestras visibles del amor infalible de Dios por toda la humanidad, los lugares físicos que hemos creado y donde servimos (escuelas, hospitales, escaparates, universidades, refugios, clínicas, centros de acogida, centros de oración)?

La visibilidad de la vida de la Misericordia

Muchos comentaristas han hablado de la reciente «invisibilidad» de la vida religiosa apostólica. Puede que sólo acierten parcialmente en su apreciación. Pueden buscar hábitos religiosos caminando por la calle o sentados en el autobús o arrodillados en fila en la iglesia. Pero también pueden estar señalando un cierto anonimato, una cierta falta de identidad pública, un cierto silencio sobre nosotras mismas, todas las cuales son las consecuencias humanamente comprensibles, aunque no necesarias o deseables, de los cambios en los últimos cuarenta años en la teología a menudo ambivalente de la Iglesia sobre nosotras, en el trato de la Iglesia sobre nosotras y en nuestra propia comprensión de lo esencial de nuestra forma de vida. Nuestra supuesta «invisibilidad» también ha sido de alguna manera una autoprotección, un «cubrirse para sanarse a una misma», un respiro temporal de la colaboración en la misión pública de Jesús. Después de todo, decimos, incluso Jesús «se fue a las colinas»: «Después [de hacer despedir a la multitud], subió a la montaña para orar a solas. Y al atardecer, todavía estaba allí, solo» (Mt 14, 23).

En su ensayo sobre «Vida comunitaria»: Doris Gottemoeller RSM, trata el problema de la invisibilidad como un subproducto de otras opciones.² Reconocer que la vida en comunidad puede ser «signo especialmente elocuente de la comunidad eclesial, es decir, de la identidad fundamental de la Iglesia», luego señala: «Por supuesto, ser signo de algo implica una cierta visibilidad. Tenemos que preguntar: ¿Hasta qué punto es visible nuestra experiencia de vida en comunidad? ¿Quién sabe que las hermanas están presentes en un edificio de apartamentos, un barrio o una parroquia, y qué les dice?». ³ La pérdida de visibilidad del lugar, por ejemplo, no es poca cosa:

*en una época, la mayoría de las comunidades locales estaban asociadas a parroquias. El convento parroquial y las hermanas que allí residían eran un símbolo del rostro compasivo de la Iglesia, un centro de hospitalidad y ayuda en tiempos de necesidad, y un testimonio de la realidad de nuestro modo de vida. Hoy no existe un lugar común en el que estemos presentes. Para quienes quieran saber más sobre nosotras, no hay ningún lugar donde «buscarnos».*⁴

Gottemoeller concluye con una pregunta central y difícil: «¿Cómo da testimonio visiblemente nuestro modo de vida a la sencillez, el compartir comunitario, la oración, el amor mutuo, el celo por el Evangelio?». ⁵

La socióloga Patricia Wittberg, SC, plantea cuestiones similares sobre la necesidad de visibilidad a nivel congregacional: «Una congregación sin un objetivo claramente articulado,

visible y colectivo no sobrevivirá como grupo, aunque sus miembros puedan seguir prestando servicios valiosos como personas». ⁶ Tampoco, argumenta Wittberg, puede un puñado de miembros llevar la «visibilidad» de todo el grupo: «Si las religiosas van a ser las virtuosas cuyas vidas articulan una respuesta espiritual a las tensiones y discontinuidades más básicas de nuestra cultura, entonces tendrá que haber un número bastante grande de ellas. Un grupo pequeño sencillamente no es lo suficientemente visible como para tener el tipo de impacto social que sería necesario». ⁷

Pero lo cierto es que, aunque intentáramos serlo, no podemos ser invisibles o inaudibles mientras estemos en el cuerpo. La cuestión es, más bien, cómo seremos visibles, qué de nosotras dejaremos que sea audible, qué símbolos de nosotras mismas expresaremos en nuestro espacio y tiempo.

Símbolos y realidades de Dios

Los símbolos de nuestra vida funcionan como realidad simbólica, tanto para nosotras mismas como para los demás. Nuestro propio yo está encarnado en ellos; son la continuación de nuestra naturaleza corporal. Si estos símbolos son verdaderos de nosotras y estamos realmente en ellos, con poca o ninguna distancia entre la apariencia y la realidad, expresan quiénes y qué somos. Entonces pueden ser para nosotras recordatorios tangibles de nuestras convicciones e intenciones más profundas. Por tanto, también pueden ser para los demás un testimonio público de nuestra fe, amor y esperanza; de nuestro compromiso en la fe, el amor y la esperanza; y del Dios que es objeto y garante de nuestra fe, amor y esperanza. Nuestra realidad simbólica es entonces nuestra propia autorrealización, expuesta en la esfera pública para que otras personas la perciban y la consulten.

Lo que nuestros símbolos pueden expresar son las convicciones del Espíritu escondidas en nuestros corazones: la realidad de la presencia y trascendencia de Dios; la fidelidad y misericordia de Dios; la verdad de Jesucristo y el Evangelio; el poder indestructible de la compasión e inclusividad de Dios en la resurrección de Jesús; la esperanza, la alegría y la resistencia de la promesa de Dios; y nuestro propio deseo y esfuerzo humano de vivir en la fuerza de estas realidades.

No podemos obligar a los demás a comprender y adoptar lo que dicen nuestros símbolos. Solo el Espíritu de Dios puede inspirar a otros a explorar, experimentar y tal vez incluso comprender los sacramentales que somos, por la gracia de Dios. Pero nada de esta recepción puede ocurrir si no estamos «ahí fuera» de manera perceptible.

Por ejemplo, si pudiéramos identificarnos normalmente como «Hermanas de la Misericordia»; si pudiéramos llevar nuestra cruz de la Misericordia en público; si pudiéramos hablar de Dios y de Cristo junto a la cama de los moribundos; si pudiéramos

levantarnos en situaciones de injusticia; si pudiéramos inclinarnos en situaciones de gran sufrimiento; si pudiéramos demostrar en todas las circunstancias la alegría fundamental del amor de Dios por la humanidad; si pudiéramos de alguna manera, simbolizar la compasión y la misericordia de Dios dondequiera que estemos; si pudiéramos ser, de alguna manera, símbolos corporales de lo que en realidad confiamos que somos: las amadas y redimidas de Dios, entonces podríamos aún más profundamente «servir a pobres, enfermos y carentes de educación» en su necesidad más profunda y solitaria.

Si nuestras comunidades pudieran, por su propia apariencia y carácter, decir, incluso sin palabras, que somos «casas de misericordia»; si nuestras propiedades, artículos de papelería y comunicados de prensa pudieran dar una pista perceptible de la naturaleza de la Vida que subyace a ellos; si pudiéramos vernos y sonar como algo más profundo que las empresas corporativas o las asociaciones profesionales o las mujeres de carrera; si nuestra verdadera vida pudiera estar menos oculta al público, entonces podríamos esperar hacer por ellos más manifiestamente lo que nuestras Constituciones dicen que queremos hacer: «seguir a Jesucristo en su compasión por los que sufren» (art. 2); «proclamar el Evangelio a todas las naciones» (art. 3); «testimoniar la misión de Cristo» (art. 5); «ser testigos de la misericordia» (art. 8); «contemplar la Presencia Divina en nosotras, en otros y en el universo» (art. 9); «descubrir el movimiento de Dios en nosotras y en nuestro mundo» e «interceder por nosotras mismas y por otros». (art. 10).

«Tener cierto parecido con Cristo»

Aunque no hablaba explícitamente del carácter simbólico de nuestras vidas como Hermanas de la Misericordia, Catalina McAuley era consciente implícitamente de la expresión no verbal de Dios que somos o podemos ser. El Manuscrito de Limerick, al hablar de sus instrucciones a las primeras Hermanas de la Misericordia, señala:

su deseo de parecerse a nuestro Santísimo Señor, lo que era su resolución diaria, y la lección que repetía constantemente. «Estén siempre esforzándose», decía, «para hacerse como su Esposa Celestial; deben tratar de parecerse a Él al menos en una cosa, para que cualquier persona que las vea pueda recordar su vida santa en la tierra».⁸

Catalina pensaba claramente que nuestras vidas tenían el potencial de ser «recordatorios» simbólicos del gran misterio de la bondad de Dios, como se revela en la vida, muerte y resurrección de Jesús. En el capítulo de su Regla sobre «Unión y caridad» —el capítulo que representaba para ella la característica pública central de las comunidades de las Hermanas de la Misericordia— ella escribe:

Nuestro Querido Salvador desea que este amor mutuo sea tan perfecto que se asemeje en cierto modo al Amor y a la Unión que subsisten entre Él y su Padre Celestial, y con ello

[quienes le siguen] debían demostrar que eran realmente Sus discípulas.⁹

Aunque un símbolo nunca es equivalente a la realidad espiritual que representa, puede haber suficiente semejanza con él, un «parecido» de algún modo inconfundible, como para que la propia realidad sea de algún modo señalada e invocada. El genio espiritual de Catalina consistió en reconocer este potencial de enunciación simbolizante y en instar a sus hermanas a cuidar deliberadamente la cualidad metafórica y el carácter simbólico de sus vidas. Nuestros cuerpos, las capacidades de nuestros cuerpos, y los gestos, silencios y extensiones materiales de nuestros cuerpos hablan, a su antojo, y el deseo de Catalina era que ese hablar tuviera «algún parecido» con el amor de Dios expresado en Jesús, con la fe que proclamamos y con la esperanza que es el mayor consuelo del mundo. Escribiendo a Elizabeth Moore el lunes de Pascua de 1841 se mostraba ansiosa de que

Dios imparta sobre a todas nosotras alguna porción de esos preciosos dones y gracias que nuestro Querido Redentor ha comprado con Sus amargos sufrimientos, para que podamos esforzarnos por tratar de mostrar nuestro amor y gratitud asemejándonos a Él, copiando algunas de las lecciones que nos dio durante Su vida mortal, particularmente aquellas de Su pasión.¹⁰

Tener «cierta semejanza» con Jesús, y por tanto con el misterio central de Dios, es ser una verdadera discípula y reconocer la vocación simbolizadora de cada discípula/o. Es una expresión confesional, una declaración de fe y confianza en la propia forma de vivir y actuar. La Iglesia, al menos en Occidente, nunca ha dado, que yo sepa, el título de «confesora» a una mujer, habiendo reservado esta identificación para los santos varones que no eran mártires, pero que llevaban «testimonio de la fe cristiana de palabra y de obra».11 Sin embargo, las Hermanas de la Misericordia, al igual que otros cristianos, laicos y clérigos, están llamadas a ser «confesoras», a dar «razón de la esperanza que ustedes tienen» (1 Pedro 3, 15), en palabras y, en ausencia de palabras, mediante formas, prácticas, acciones y gestos que «se asemejan» (y, por lo tanto, evocan recuerdos de) los caminos de Dios. Y así, en los símbolos de nuestras vidas, invitamos a otros a «no tene[r] puesta la mirada en las cosas visibles, sino en las invisibles: lo que se ve es transitorio, lo que no se ve es eterno» (2 Cor 4, 18).

El cuidado y la creación de símbolos

Los símbolos no adquieren resplandor de significado a largo plazo a menos que estén dotados de cierta permanencia temporal o cuasipermanencia, tanto en sí mismos como en su alusividad. No se puede «decidir» que hoy las margaritas representen la felicidad, pero

que mañana representen la dependencia de Dios (a menos, claro está, que haya una historia de significados multivalentes, incluidos éstos, asociados a las margaritas). Tampoco se puede «decidir» que mañana las violetas y no las margaritas representarán la felicidad. Los símbolos son como una piedra arrojada a un estanque: las ondas del significado seguirán llegando durante mucho tiempo, pero siempre estarán relacionadas con el impacto de la misma piedra. Por eso no debe abandonarse a la ligera una historia de significado simbólico; lleva tiempo construir el significado de un símbolo nuevo, mientras que el símbolo «antiguo» puede seguir siendo «ondulante» y luminoso.

Por ejemplo, puede que hayamos perdido, por abandono involuntario o deliberado, aunque quizá no de forma permanente, un poderoso símbolo comunitario que mantuvo su significado en la mayor parte del mundo de la Misericordia durante al menos 130 años: cierta costumbre del Viernes Santo instituida por Catalina McAuley. La biografía de Catalina en los Anales de Bermondsey nos dice:

Durante muchos años de su vida había ayunado el Viernes Santo sin tomar refresco alguno, hasta que se hizo religiosa, y entonces se ajustó a la costumbre que estableció para las comunidades, de tomar un poco de pan y gachas de pie.¹²

Este gesto comunitario de restricción solemne habló durante más de un siglo a las Hermanas de la Misericordia, y aún podría hablarles a ellas y a sus amigas/os, colaboradores de trabajo y empleadas/os, sobre lo que significa decir que estamos «fundadas en el Calvario. allí para servir a un Redentor crucificado»,¹³ y que «somos discípulas de un Redentor crucificado».¹⁴ La reverencia por las horas del Viernes Santo del misterio pascual es necesaria para nuestra renovada realización de su culminación totalmente gratuita en las realidades de Resurrección-Ascensión-Pentecostés. El símbolo corporal de estar de pie mientras una come tiene asociaciones bíblicas de larga data, y la elección de esta costumbre por parte de Catalina refleja no solo su instinto sobre la necesidad de representación corporal de lo que creemos, sino también su propia identificación exquisita con el sufrimiento:

Sintiendo con tanta sensatez los sufrimientos de sus semejantes, su compasión por los que soportaba nuestro Bendito Señor era extrema, tanto que era un verdadero dolor para ella, como una vez le dijo a una hermana en confianza, meditar sobre ese tema.¹⁵

Mi objetivo en este ensayo no es defender ningún símbolo concreto de nuestras vidas como Hermanas de la Misericordia, sino plantear para nuestra meditación comunitaria la verdad de que somos, como seres humanos y como cristianas, personas que reciben símbolos, que crean símbolos y que ofrecen símbolos, cuya visibilidad pública hablará de un modo u otro, lo pretendamos o no. De ahí nuestra gran necesidad de cuidar nuestro simbolismo para que sea verdaderamente emblemático de nuestros deseos y convicciones más profundos de fe,

esperanza y amor.

En los ensayos que siguen, sobre los Rituales de Acogida y Profesión de la Misericordia y sobre las Constituciones como símbolo de la vida de la Misericordia, las autoras examinan en detalle dos símbolos principales de nuestra forma de vida. Los gestos ceremoniales con los que simbolizamos nuestra decisión de convertirnos en Hermanas de la Misericordia, y el documento más solemne de nuestra vida precisamente como Hermanas de la Misericordia, el símbolo que nos conforma y es conformado por nosotras: ambos son expresiones públicas visibles, no sólo en sus palabras, sino en su carácter de acción y objeto simbólico radiante.

El resplandor del buen ejemplo

Durante muchos años nos esforzamos por llevar una vida «oculta», creyendo o diciéndonos que ésa era la mejor manera de servir a Dios y al Evangelio, y hay un sentido en el que esa convicción sigue siendo parcialmente cierta. La preferencia personal y la enseñanza de Catalina sin duda nacieron de su propia experiencia pública muy arenosa: «Les enseñó a amar la vida oculta, trabajando en silencio solo para Dios; sentía una gran aversión por el ruido y la ostentación en el cumplimiento de los deberes».¹⁶ Gran parte de nuestras vidas se purifican, sanan y profundizan en lo oculto, y hay un verdadero «parecido» con Cristo en ese silencio y privacidad.

Pero el estado actual de la humanidad y de la Iglesia, y los sufrimientos de las personas de este mundo y de la Tierra misma, ahora nos llaman a salir de lo oculto hacia la expresión y la visibilidad, hacia símbolos claros y fuertes de identificación, compasión, acción y defensa o, en palabras de Catalina, hacia el ejemplo. Catalina McAuley, se nos dice, enseñó «más por su ejemplo que por sus palabras» y sus lecciones siempre estaban respaldadas «por su propio ejemplo invariable».¹⁷ Ejemplificando lo que ella creía que era su modo de simbolizar, ya que, como explicó, «el buen ejemplo que damos al llevar una vida santísima y cristiana tiene el mayor poder sobre las mentes de los demás». Por lo tanto «debemos primero hacer nosotras lo que queremos que los demás hagan. Es ya sabido que el camino a la virtud y a la piedad es más corto por el ejemplo que por el mandato».¹⁸

Cuando colgamos la Declaración de Dirección del Instituto en nuestras aulas; cuando compartimos el Plan de Acción del Instituto, 1999-2005 con colaboradores de trabajo; cuando explicamos nuestra Cruz de la Misericordia a los pacientes que atendemos; cuando les contamos a las mujeres jóvenes sobre el «Proyecto 1831» y nuestro deseo de fundar treinta y una nuevas Casas de Misericordia; cuando invitamos a nuestros vecinos a la Oración Vespertina; y cuando ofrecemos innumerables otros gestos, acciones, objetos y eventos a aquellos que están más allá de nuestras puertas, estamos colocando símbolos humanos de nuestras vidas visiblemente ante ellos con la esperanza de que estos símbolos puedan hablarles de Dios, de Cristo y de nuestro profundo deseo de vivir como siervas de la

misericordia de Dios.

Los símbolos públicos perdurables de la vida de la Misericordia son los que se hacen visibles a la amplia compañía humana de todos los que se encuentran con ellos, en diversos lugares del mundo y en diversos momentos. Las Hermanas de la Misericordia yendo de casa en casa durante las epidemias de tifus en Londres y Estados Unidos, atendiendo en hospitales militares en la Guerra Civil Americana, siguiendo a los emigrantes irlandeses en largos viajes por mar a Australia y Nueva Zelanda, trabajando en campos de refugiados y prisiones, viviendo y ejerciendo su ministerio entre los oprimidos: éstas y miles de otras acciones de la Misericordia durante los últimos 170 años permanecen en nuestra memoria como fuertes símbolos radiantes de lo que ha significado y aún significa ser una Hermana de la Misericordia.

Símbolos «pequeños» de la presencia de Dios

Pero en nuestra historia durante estos mismos años siempre ha habido innumerables símbolos «más pequeños» y más privados de la misericordia de Dios ofrecidos en silencio al pueblo de Dios dondequiera que una Hermana de la Misericordia haya sostenido «la mano de una persona moribunda, haya traído alegría a un niño descuidado, haya escrito una carta para consolar a alguien, haya ayudado a un hombre que llegó a la puerta, haya visitado a una mujer solitaria o haya realizado cualquiera de los innumerables actos evangélicos que «se asemejan» al ministerio de Jesús. La mayoría, si no todos, de estos símbolos privados de la presencia compasiva de Dios han sido perceptibles sólo para la persona a la que se servía.

Por tanto, me gustaría concluir esta meditación sobre la expresión simbólica de las Hermanas de la Misericordia con un acto simbólico poco conocido de Catalina McAuley: un regalo que hizo a una niña.

En Carlow, Catalina evidentemente conoció a la joven Fanny Warde, la sobrina de Frances Warde, la hija, posiblemente, del hermano mayor de Frances, William, que había muerto en Wakefield, Inglaterra, en 1839.¹⁹ No sé qué edad tenía la joven Fanny cuando su madre vino a vivir a Irlanda, pero sospecho que solo tenía cinco o seis años. Escribiendo a Frances Warde el 24 de noviembre de 1840, Catalina adjuntó un broche y un poema para la pequeña Fanny. El poema, que Catalina tituló «La pequeña Fanny Warde», dice lo siguiente:

Aunque esta es muy querida para mí

Por razones fuertes y muchas

Te lo doy con cariño,

Mi querida «pequeña Fanny».
Seis besos también de mi corazón
Tan dulces como los de una abuelita,
De ninguno de ellos debes separarte
Mi querida «pequeña Fanny».
¿Qué deseo? Ahora déjame ver
Lo que deseo, más que cualquier cosa
Es que seas una buena niña
Mi querida «pequeña Fanny».²⁰

Aquí Catalina usa la palabra «Doat'y» para decir «querida»; es evidentemente la versión de Catalina de «doating», que puede significar «extremadamente aficionada», o de «doughty» o «douty», que significa «capaz, digno, virtuoso, valiente, valeroso».²¹ Pero el significado más profundo de este símbolo se revela en dos oraciones que Catalina escribe cerca del final de su carta a Frances Warde. Ella dice: «Le prometí a mi pequeña Fanny un broche para abrocharse el cuello y seis besos en la espalda. Fue mi querida Mary Teresa».²² La querida sobrina de Catalina, Mary Teresa Macauley, había muerto en la calle Baggot en 1833.

Hay muchos símbolos eclesiales a gran escala en la historia de las Hermanas de la Misericordia, regalos públicos a toda la Iglesia, como el propio Instituto, pero también hay innumerables pequeños símbolos de sacrificio en esta historia, actos simbólicos de amor cuyo significado completo puede ser percibido por solo unos pocos. La pequeña Fanny Warde recibió este broche como símbolo del amor de una «abuelita», pero también, podemos imaginar, como señal de que un gran Amor estaba en el mundo y cuidaba de ella como una abuelita. Solo Dios, y hasta cierto punto Frances Warde, conocían la profundidad del amor de Catalina por María Teresa y, por tanto, todo el peso humano de este regalo simbólico.

Tenemos en nuestras manos los broches simbólicos grandes y pequeños del amor y la misericordia de Dios, dotados por nuestras alegrías y penas pasadas, pero aún más por la curación misericordiosa de Dios de todo dolor en el gozo de la resurrección de Cristo. Que, como Catalina, tengamos el valor público y la sencillez de ofrecer al mundo estos símbolos radiantes de la presencia de Dios.

Notas

1 Una teología moderna de la simbolización cristiana ha sido plenamente argumentada por Karl Rahner, especialmente en su ensayo «La teología del símbolo», en *Theological Investigations* 4:221-52 (Londres: Darton, Longman & Todd, 1966). Sin pretender resumir la metafísica del símbolo de Rahner, ni su fundamento en su antropología filosófica, ni su extensión en su antropología teológica, me he basado en su análisis en el presente ensayo. Sin embargo, es evidente que Rahner no es responsable de las formas en que yo haya podido malinterpretar sus intrincados argumentos y distinciones. Su teología del símbolo apoya plenamente, me parece, nuestras teologías contemporáneas de los sacramentos, de los sacramentales y del significado de la profesión eclesial de los votos religiosos.

2 Doris Gottemoeller, RSM, «Community Living: Beginning the Conversation» [«Vida comunitaria: inicio de la conversación»] *Revista para religiosas/os* 58 (marzo-abril de 1999): 137-49.

3 Gottemoeller, p. 142.

4 Gottemoeller, pp. 145-46.

5 Gottemoeller, p. 148.

6 Patricia Wittberg, SC, *Pathways to Re-Creating Religious Communities* [Caminos para Recrear Comunidades Religiosas] (Nueva York/Mahwah, N.J.: Paulist Press, 1996), p. 90.

7 Wittberg, p. 97.

8 Mary Vincent Harnett, «The Limerick Manuscript» [«El Manuscrito de Limerick»], en Mary C. Sullivan, Catherine McAuley and the Tradition of Mercy [Catalina McAuley y la tradición de la Misericordia] (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1995), p. 181.

9 Regla 8.1, en Sullivan, Catherine McAuley, p. 303.

10 Mary Ignatia Neumann, RSM, *The Letters of Catherine McAuley* [Las Cartas de Catalina McAuley], 1827-1841 (Baltimore: Helicon, 1969), p. 278.

11 Donald Attwater, *The Penguin Dictionary of Saints* [Diccionario «Penguin» de los Santos], (Baltimore: Penguin, 1965), p. 23.

12 Mary Clare Moore, «The Bermondsey Annals», en Sullivan, «Catherine McAuley», p. 117.

13 Regla II. 6.2, en Sullivan, Catherine McAuley, p. 323.

14 Constituciones de las Hermanas de la Misericordia, art. 14.

15 Moore, «The Bermondsey Annals» [«The Bermondsey Annals»], en Sullivan, «Catherine

McAuley», p. 117. La hermana con la que Catalina habló en confianza pudo ser la propia Mary Clare Moore, o su hermana Mary Clare Augustine Moore.

16 *Ibidem*, p. 110.

17 *Ibid.*

18 «Spirit of the Institute» [«Espíritu del Instituto»], en Neumann, *The Letters of Catherine McAuley* [Cartas de Catalina McAuley], p. 329.

19 Kathleen Healy, RSM, *Frances Warde: fundadora estadounidense de las Hermanas de la Misericordia* (Nueva York: Seabury Press, 1973), p. 84. Sin embargo, Healy indica que los hijos pequeños de William Warde se llamaban Mary y James. Hermana Mary Paul Xavier Warde, sobrina nieta de Frances Warde, dice que Fanny Warde era su propia tía, hermana de su padre John Warde y sobrina de Frances Warde. Fanny pudo ser hija del hermano de Frances, Daniel, o posiblemente de su hermano John. Healy dice que Daniel «parece haber buscado una carrera en Dublín, pero no se conserva ningún registro de su futuro» (13) y que John, el «hermano favorito» de Frances, murió mientras se preparaba para el sacerdocio en el Maynooth College (16). Healy también indica que las «dos sobrinas de Frances, Jane y Fanny Warde», llegaron más tarde a Pittsburgh y se matricularon, entre 1846 y 1852, «en la Academia Mount Saint Vincent y completaron sus estudios en la Academia Saint Xavier» y que su hermano John, padre de Mary Paul Xavier Warde, se casó en Pittsburgh. Por tanto, la identidad del padre de la joven Fanny Warde no está clara.

20 Manuscrito autógrafo, Archivos de las Hermanas de la Misericordia de las Américas, Silver Spring, Maryland.

21 En un mecanografiado que preparó de este poema, Mary Paul Xavier Warde, que deletrea la palabra «doat'y», dice que la palabra significa «darling» («querida»). Sin embargo, en la letra de Catalina McAuley la palabra parece ser «doat'y». El Diccionario de Oxford sólo ayuda indirectamente a clasificar esta palabra y su significado exacto. Catalina utilizaba a menudo su propia ortografía de las palabras.

22 Mary Angela Bolster, ed., *The Correspondence of Catherine McAuley* [La correspondencia de Catalina McAuley], 1827-1841 (Cork: Congregación de las Hermanas de la Misericordia, Diócesis de Cork y Ross, 1989), p. 170.

Publicado originalmente en inglés en *The MAST Journal* Volumen 10 Número 3 (2000).